María Frisa

Cómo SOBREVIVÍ a la MADRE de PAVLITO (con uve)

CUANDO CREAS QUE TU VIDA ES UNA MIERDA, QUE ES IMPOSIBLE EMPEORAR, HAZME CASO: PONTE A RÉGIMEN.

ESPASA

María Frisa

Cómo SOBREVIVÍ a la MADRE de PAVLITO (con uve)

ESPASA

ESPASA ℮ NARRATIVA

Título original: *Cómo sobreviví a la madre de Pavlito (con uve)*

© María Frisa, 2015
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño e imagen de cubierta: María Jesús Gutiérrez, 2015
Diseño de interiores: María Jesús Gutiérrez, 2015

Depósito legal: B. 26.465-2014
ISBN: 978-84-670-4329-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Capítulo 1

La gran excusa universal e infalible de cualquier mujer sensata para no reconocer que está gorda

Las ocho y veinticuatro. *¡Joder, hoy no llegamos al cole ni de broma!*

Me esfuerzo en batir mi propia marca personal «Maquíllate Sin Parecer Demasiado un Picasso» (la clave está en el demasiado) mientras trato de abrocharme el pantalón e intento meter los pies en los zapatos a tientas. *¿Más difícil todavía? Ja, acrobacias a mí…*

CONSEJO

Si tienes prisa (¿alguna vez no tienes prisa?), ponte en Modo Multifunción. La Multifunción debe ir en el cromosoma XX, por eso los hombres pueden permitirse vigilar el agua de los macarrones los quince minutos que tarda en hervir mientras piensan en ¿nada?

Desenfundo el rímel y grito:

—Hu-go, ¡bé-be-te-la-le-che!

No necesito verlo para saber que está embobado con los dibujos. Me acerco al espejo. *Desde mañana le prohíbo ver la tele en el desayuno*. Pringo ojo derecho: una, dos pasadas. *Se lo prohíbo, pero en serio.* Pringo ojo izquierdo. *En serio, otra vez*. Las ocho y veintiocho. *Hoy sí que no llegamos. Centra, María, centra.*

—¡¡¡¡Que te la bebas YAAAAAAAAAAAAAA!!! —chillo.

Y al alejarme del espejo ocurre: me veo reflejada. Me veo DE VERDAD. *AHHHH, ¡¡El horror!! ¿Quién es esa vieja?* Bolsas debajo de los ojos, arrugas como surcos, unas nuevas alrededor de las comisuras de los labios, canas, un dedo de raíz y el premio gordo de la edad: las manchas solares (si lo piensas bien, las manchas solares son la lotería de la vida: te pueden salir en las mejillas y parecer pecas o en el bigote y convertirte en un cabo furriel). Yo, además de la del bigotito de cabo, disfruto de otra enorme en la frente, tan grande, tan grande que si fuera roja parecería Gorbachov.

Me alejo un poco más. *¡Madre mía! ¿Y el cuello? ¿No había antes, aquí mismo, un cuello? ¿No venía de serie? Joder, si parezco... parezco... ¡¡¡Kathy Bates!!! (una Kathy jovencita, que tampoco hay que pasarse).*

Estiro hacia abajo la papada haciendo fuerza, tratando de encontrar la mandíbula. Tiene que estar en alguna parte. *Déjalo, anda, déjalo, que hoy no llegamos.*

Me acerco al espejo.

CONSEJO

Si quieres rejuvenecer, olvídate de gastarte un pastón en cremas. Lo más efectivo es aproximarte al espejo lo suficiente.

En un momento vuelvo a ser la pizpireta chica de veinte años que continúo sintiéndome por dentro, *¡maldita desincronización*! Menos mal que la Naturaleza es tan sabia que al envejecer decide concederte un regalo muy especial: ¡toma, un poquito de presbicia! Así tu vista empeora progresiva y convenientemente para que no aprecies el deterioro en toda su magnitud.

Me doy corrector por encima del mostacho y un pegote de maquillaje. Y otro más. *Así, bien tapadito.* Mientras le abrocho a Hugo la parca, doy gracias al que inventó los cosméticos. Aunque…

CONSEJO

No sé si se podrá hacer algo con efecto retroactivo, pero… Dios mío, ya que a los hombres les concediste el don de mear de pie, ¿no hubiera sido más justo darnos a nosotras la barba y a ellos el maquillaje? ¿Sabes la de molestias que me evitarías?

Las ocho y cuarenta y seis. Lunes, primer lunes del mes... Cierro de un portazo para no buscar las llaves por el bolso mientras ruego para que, efectivamente, estén en el bolso (ya me preocuparé de eso cuando vuelva). Mi hijo, mi mancha y yo nos metemos en el ascensor.

Las ocho y cuarenta y siete. Abro el portal y empieza el *sprint*. Agarro fuerte a Hugo y lo llevo en volandas mientras la cartera llena de piedras (él asegura que son libros, pero es imposible que los libros pesen tanto) me golpea.

En las calles adyacentes al colegio me encuentro con otras plusmarquistas y voy esquivándolas y tratando de rebasarlas. Siento un ramalazo de euforia cuando consigo adelantar incluso a LamadredePavlito. La condenada corre un montón porque antes era *runner* y al convertirse en madre evolucionó a *runner mom* (vamos, que trotaba por las calles empujando el carrito con el niño dentro, igual que las demás, pero adrede y vestida con ropa de deporte); yo, en cambio, antes de tener hijos, solo corría cuando me meaba o si daban algo gratis, y eso se nota.

En los últimos metros, juro que no exagero, escucho sonar la banda sonora de *Carros de fuego*: nanananaaaaaaaaaaana, nanananananaaaaaaaaaaaaaaa.

Nada puede interponerse entre una madre y su deber sagrado: dejar al niño en el colegio. Ni siquiera un hijo pesado como el mío, que desde que hemos salido de casa no ha parado con el «mamá, mamá».

—Venga, ag, ag, toma la mochila y ponte, ag, ag, en la fila —le pido en cuanto alcanzamos la puerta mientras procuro calmarme porque he empezado a hiperventilar y, puestos a

desmayarme, prefiero alejarme unos metros de cualquier conocida.

—Mamá…

—¿¿Mamá, qué, mamá, qué?? —grito. Mientras hablamos, cuatro niños de su clase se nos han colado y para eso no hacía falta esforzarme tanto.

—Nos hemos dejado en casa el trabajo de ciencias.

¿Quéééééé?

Hugo pone pucheros, los ojos le brillan y a mí, evidente, se me rompe el corazón. Así que le doy un abrazo, seis o siete besos, le quito con la mano la marca del carmín, lo mando a la fila y emprendo con el mismo trotecillo el camino a casa a por la mierda del trabajo de ciencias.

En ese momento veo a LamadredePavlito y comprendo por qué he conseguido adelantarla: sostiene en las manos una bandeja enooooorme primorosamente envuelta en celofán para que no se estropee el contenido. Por favor, ¿qué ha construido?, ¿una central nuclear?, ¿la bomba atómica?

Nuestro trabajo son dos pilas sujetas con tiritas y un clic (lo preparamos anoche a todo correr y no quedaba cinta aislante ni esparadrapo, así que improvisé).

CONSEJO

Jamás te creas que los trabajos del cole los hacen los niños sin ayuda. De hecho, los trabajos los mandan únicamente para que los padres podamos lucirnos.

—¡Qué madrugadora! —dice, mira mis manos vacías y sonríe, la puñetera.

Padece un síndrome gravísimo para el que aún no se ha encontrado ninguna cura, el de la Abeja: personas que se creen reinas y solo son bichos.

Lunes.

Por favor, si hay piedad en el mundo, que alguien saque una pistola y me vuele la cabeza ya, YA, YA.

Lunes y llego tarde al gabinete, tan tarde que ya no es llegar tarde, es otro concepto. Tarde y, siguiendo la LEY DE MARÍA-MURPHY: «Si el día empieza mal, seguirá jodiéndose sin remedio». Al entrar en el edificio tropiezo con mi jefa (conocida cariñosamente como capitán Spock por el flequillito recto, su manifiesta falta de sentimientos y porque una vez agarró unas pinzas y se hizo una fiesta en las cejas).

Mira el reloj y después mueve el brazo por si no me he percatado de la tirita.

—Ay, qué horas —suspira—. Siempre que me sacan sangre me hacen perder la mañana…

Espera mi respuesta. *¿Qué le digo? ¿De dónde vengo? ¿De llegar tarde? ¿Me pego un mordisco disimuladamente en el brazo y finjo que he sufrido un accidente? Mejor hazte la tonta, que eso se te da genial, María, de matrícula de honor.*

Subimos juntas en el ascensor. Con la discreción que la caracteriza me clava sus ojirris y efectúa un rápido reconocimiento de la cabeza a los pies. Espero que me suelte el educado «María, tienes mala cara» que le escucho todas las mañanas desde hace quince años, pero no.

—¿Estás otra vez esperando? —pregunta al detenerse el ascensor en nuestra planta.

—¿Esperando, esperando qué...? —repito sin comprender, ¿que llegue el fin de semana?

—En estado... —dice, y sonríe afabilísima, señalándome el estómago que se marca impúdico, redondo y abundante. *¡Mierda de camiseta!* La estiro hasta que en un destello comprendo lo que insinúa y la miro con ojos desencajados. En vez de disculparse, ella ataja—: Huy, huy, pues a nuestra edad hay que cuidarse, aunque sea por salud... —Prefiero no contestarle que «nuestra edad», en su caso, son diez años más—. Por cierto, llevas un pegote de maquillaje —me toco la barbilla-papada, que creo que es a donde apunta su dedo—. No, no, justo encima de la mancha del bigote.

Llego a mi mesa bramando y arrastrándome, me derrumbo en la silla completamente baldada.

—¿Qué crees que me acaba de decir? —le pregunto a Rosa—. ¡¡Que si estoy embarazada!!

Por el relámpago de pánico que cruza su cara sé que, a pesar de ser mi amiga, valora si responderme. Todas han aprendido (a reiterado grito limpio) que los lunes es preferible evitarme hasta las doce de la mañana o hasta que haya apurado el quinto café (lo que ocurra primero), pues es de dominio público que mi *buenismo* habitual los lunes se convierte en... en... ¿cómo definirlo?, ¿*hijoputismo*?

—Me ha llamado gorda y se ha quedado tan ancha —insisto—. ¿Te lo puedes creer?

Rosa continúa sin responder. Empiezo a ponerme nerviosa. Si estuviera hablando con mi marido, lo entendería,

porque muchas veces parece que escucha y, sin embargo, está pensando en el partido de fútbol, en el GPS, en las tetas de la vecina del cuarto o en cosas así.

¡Joder, que son las diez y media del lunes! ¿Tanto cuesta mentirle un poquito a una amiga? ¿Tanto?

—¿Te lo puedes creer? —mi pregunta es casi una súplica.

Al ver mi cara de espanto (y a pesar de que sabe por experiencia que todo, absolutamente todo lo que diga, será malinterpretado), le vence su lado Mr. Wonderful y comete el error de hablarme:

—Tampoco dramatices, todas estamos igual. —Se coge un generoso pellizco de grasa de la tripa—. El otro día leí que las mujeres entre los cuarenta y los cincuenta engordamos una media de siete kilos.

¿¿¿Quéééé???, ¿siete kilos?, pero… ¿qué lee esta?, ¿el National Geographic*?* La sangre se me alborota. Normal. *¿Cree que el hecho innegable de que ella esté como una foca me va a consolar?, ¿en serio?, ¿¿¿estamos tontas???;* y, quizás, pierdo un poquito los papeles (que la culpa no es mía, es de mi «buen» talante de los lunes; bueno, y de Rosa que, también, ya le vale…).

CONSEJO

Hay personas que no valoran adecuadamente las consecuencias de sus acciones y después tenemos que asumirlas los demás. Paciencia. Por ejemplo, Rosa, que dice ser mi amiga…, ¿por qué me habla si conoce las infames consecuencias? ¿Cuándo va a aprender? Claro, a ella se le olvida y luego es a mí (cuando recupero la cordura) a la que le toca avergonzarse y disculparse… ¡Qué bonito, qué fácil para Rosa!

—¿Siete kilos? ¿Siete kilos? —la miro con inquina—. ¡Siete kilos te vas a engordar tú! —estiro el brazo y la señalo con el dedo. *Ay, ya me siento un poquito mejor, aunque… No, aún no.* Pienso algo ofensivo que libere mi rabia—. Claro que, jaja —risa de malvada y alzamiento de ceja—, no sé si a ti te van a caber…

Sí, ahora sí. Mucho más relajada.

Por esta actitud mía tan «constructiva», me sorprendo cuando encuentro un post-it de corazón. *¿De corazón? Joder… ¿Volvemos a tener quince años o qué?* (no estoy segura de si lo pienso o de si aprovecho para verbalizarlo a grito pelado). En la pantalla de mi ordenador: «Tarea para el lunes: con una actitud positiva, las dificultades se vuelven retos».

¿Quééé? Me tapo rápidamente la boca con las manos para aguantar las arcadas que me produce el empacho de dulce. *¿Quién ha puesto esta parida aquí? ¿Quién? ¡Por favor, si solo falta un coro de ángeles celestiales! ¿Qué somos ahora? ¿Los malditos osos amorosos?*

Miro a mis compañeras detenidamente de una en una aprovechando que, gracias a mi especial sensibilidad de los lunes, ninguna se atreve a enfrentar mi escrutinio.

¿Rosa? ¿De verdad crees que a Rosa, con tres hijos, le queda tiempo para estas chorradas? ¿Amanecer? Amanecer es su nombre, su nombre de verdad. No sabemos (no hemos podido averiguar) si sus padres eran *hippies*, si tuvieron un mal día o si fue una hija no deseada.

CONSEJO

Precaución al elegir el nombre de tus vástagos, evita los arrebatos de originalidad, los destellos de sapiencia y las haches intercaladas. Hay niños que gracias a unos padres inspirados ni siquiera necesitan mote en el colegio.

Es becaria y joven, por eso la tratamos con el mismo cariño que a una mascota y comprendemos que muchas noches crea que los cuatro puntos cardinales son arriba, abajo, *pa* el centro y *pa* dentro.

¿¿¿¿¿Spock???? ¿Juan? ¿Juan, en serio? Juan posee la afectividad de una nécora, antes se dejaría castrar que usar un post-it de corazón. ¿Mary Poppins?; y no, Mary Poppins no es su nombre de verdad (es mucho más prosaico: Mercedes). La llamamos así porque encuentra la solución perfecta a cualquier problema. *¿Mary Poppins? Pues a esta si algo le sobra es tiempo desde que el año pasado murió su madre y vive sola con su Paquito (Paquito, tengo que aclararlo, es un periquito).*

Nadie me parece suficientemente culpable.

Estrujo el post-it echándole teatro, con estrépito, hago una bola con él, lo tiro a la papelera y me meto en internet. Después de un cuarto de hora, encuentro una frase que define sutilmente mi estado anímico. Cojo un post-it (amarillo, cuadrado, normal) y escribo: «Me cago en los putos lunes y me sobra mierda para los martes», lo pego en la trasera de la pantalla del ordenador, a la vista de mis queridas compañeras, y me voy a por mi tercer café.

Toma ya mensaje.

Mientras puntúo una montaña de test de psicodiagnóstico infantil, me entrego a sesudas autorreflexiones sobre mi posible gordura. *¿Será que Miguel tenía razón y la lavadora no ha ido encogiendo la ropa estos meses?* Y me cuento a mí misma la Primera Excusa De Cualquier Mujer Sensata Para No Reconocer Que Está Gorda: lo que pasa es que estoy hinchada, a la que añado la Gran Excusa Universal e Infalible: será que va a bajarme la regla.

CONSEJO

La regla es la excusa perfecta: o estás reglando o estás ovulando o acaba de irse o está a punto de bajarte. Con eso cubres el mes entero.

Me hundo dos dedos en la tripa para corroborar que lo que sucede es que estoy hinchada. Continúo con la montaña de test.

—¿Qué pasa, María? —Levanto, sobresaltada, la cabeza al escuchar mi nombre—. ¿Hemos vuelto al colegio y por eso dejas mensajitos de amor? —Spock está observándome con sus maravillosas cejas alzadas y señala el post-it.

¡Qué vergüenza, se me había olvidado completamente...! Y como me sé de memoria la sesión de humillación que me aguarda (ella lo del «buen talante» lo practica los lunes, los martes, los miércoles...), pido: *Por favor, por favor, Dios mío, haz que me caiga un rayo y me fulmine en este preciso instante* (no creo en Dios, pero como las monjas me adoctrinaron durante doce años, lo tengo demasiado interiorizado y se

me suele olvidar mi ateísmo. Aunque, eso sí, Dios y yo nos tratamos de tú a tú, con mucha familiaridad como, por ejemplo, con el portero). *Uno, dos, tres segundos y nada. Ni rayo ni nada.*

Spock arranca el post-it. Durante ocho larguísimos minutos pronuncia frases con innecesarias pausas entre palabras, como si se dirigiera a un niño o a un retrasado mental (que no digo que no sea el caso), y concluye:

—A ver si ma-du-ra-mos. —Pausa dramática más larga—. Y esto va por todas…

Sigo queriendo morirme, pero desisto porque, a falta de un rayo místico, no creo que sea tan efectivo clavarme grapas en las venas, chas, chas, chas, ni hacerme el harakiri con un boli (ni con uno de punta fina, fina).